

Los Libros Nuevos

LAWRENCE DURRELL. *El cuaderno negro*. Versión castellana de Leal Rey. Editorial Sur. Buenos Aires, 1961.

Son pocos los autores contemporáneos que disfrutaron de una popularidad semejante a la de Lawrence Durrell. Su célebre *Cuarteto de Alejandría* le granjeó un público amplísimo. La prensa literaria y aun la de mero escándalo, se ocuparon clamorosamente de este escritor, hasta entonces considerado como una figura muy menor de las letras inglesas. Pocas historias de la literatura inglesa registran su nombre. Al aparecer *Justine*, ese vasto friso donde se recrea una ciudad casi mágica, teñida de un violento erotismo, y a un variado sector de sus moradores, Durrell puso en evidencia sus magníficas dotes de novelista. Varios eran los problemas que en esa obra abordaba; el principal, quizás, el de develar la difusa pluralidad de voluntades que habita al ser humano, la incongruencia del existir de la mayoría de los hombres propiciada, enmarcada, por un cúmulo de circunstancias igualmente incongruentes; la huidiza conformación del amor y la vivisección de algunos de sus más complejos y extremados mecanismos. La precipitación por dar fin al *Cuarteto*, o posiblemente el agotamiento del tema dentro del escritor, se dejó gradualmente sentir cuando fueron apareciendo los siguientes volúmenes: *Balthazar*, *Mountolive* y, sobre todo, *Clea*, el final, donde los personajes llegan a una falsa desnudez de personalidad, donde las brumosas pistas del misterio que eran la carne, la propia esencia de *Justine*, quedan aclaradas con medios y recursos que envidiaría la misma Agatha Christie.

Las notas fundamentales del *Cuarteto de Alejandría* habían sido ya tratadas por Durrell en algunas obras anteriores, en su novela *Cefalú*, desafortunada mezcla de misticismo, erotismo y simbolismo evasivista, donde una pareja de elegidos, después de deambular por un oscuro laberinto, encuentra el paraíso perdido, una ignota región en la que el hombre no envejece y goza, en plena armonía con la naturaleza, de una existencia perdurable y feliz; en su libro de relatos, *Black lemmons*, cuentos sobre la vida de una isla griega, de corte más bien tradicional, se siente ya un mucho de la atmósfera externa (creada a base de pintoresquismo y agudización subjetiva de algunos elementos cotidianos) que luego empleará en el *Cuarteto*, y en su drama en verso, *Safo*. Pero el

verdadero germen de la obra de Durrell se encuentra en este *Cuaderno negro*, obra de juventud publicada en Francia por la Olympia Press en 1938, y que ahora la Editorial Sur nos permite conocer en versión española. Por razones de censura *El cuaderno negro* no ha podido aún publicarse ni en los Estados Unidos ni en Inglaterra.

Durrell padecía en aquel entonces de una racha de odio exacerbado al puritanismo, a todo lo que de tartufo y mortecino encontraba en Inglaterra. Se ha dicho que *El cuaderno negro* es un alegato en contra de la muerte inglesa. La muerte en el alma, se entiende. La reacción en contra del cúmulo de convencionalismos, tradiciones, hábitos cerrados, peso de la historia vertido y consolidado en eso que se llama moral burguesa, se resuelve en un tratamiento beligerante, sumamente irritado e intencionalmente irritante, de la vida sexual, de los hábitos eróticos, de algunos de los seres encadenados a ese mundo. El resultado que se logra es la creación de un marasmo erotomaniaco que se expone y se consume reiteradamente a lo largo de todo el *cuaderno*.

La prosa es excelente. La traducción, de buena calidad y por ello no logra apagar del todo el resplandor de una sintaxis elaborada, fresca y jugosa, ni el brillo de ciertas imágenes fulgurantes y audaces. Henry Miller, maestro indudable de Durrell y quizás su fuente de influencia más permanente y reconocida, recibió la obra con gran alborozo, considerándola como un libro decisivo en el destierro de las letras contemporáneas. Autores de gusto más refinado, como Cyril Conolly y T. S. Eliot, la saludaron con aplauso. Este último llegó a decir que después de leer *El cuaderno negro* volvía a alimentar esperanzas en el futuro de la prosa inglesa. No obstante, con la perspectiva que nos dan los años se nota cierta vejez y sobre todo cierta pueril e ineficaz insistencia en algunos registros: las nubes son como inmensas vaginas, los pasos sobre el asfalto recuerdan pezones manoseados, "la noche, ciega se recoge hasta llegar a las dimensiones de un pene exhausto", etc. En toda esta imaginería de árida lujuria, la intención de *épater le bourgeois* es de tal manera manifiesta y evidente que el lenguaje reduce su carga expresiva.

La estructura de la novela es simple y cae dentro de las formas más tradicionales de la narrativa inglesa. Se basa en la contrapunteada interpolación de dos diarios privados, uno del propio Durrell y otro de un personaje, Gregory, sobre experiencias emotivas propias y las circunstancias cotidianas de algunos pensionados del hotel donde la "acción" transcurre. Los seis o siete personajes que asoman en las páginas de estos diarios, así como los mismos autores de ellos, existen únicamente en función de su vida sexual y de las preocupaciones que ésta les proporciona. Son, pues, caracteres con una sola dimensión. A todos, por otra parte, les atenaza de igual manera la preocupación por la trascendencia de

su vida instintiva. El hecho de estar tan unilateralmente trazados, tan mutilados de toda existencia que no sea la que la alcoba les permite, los hace semejantes. Momentos distintos de un solo personaje. Vez y envés de una única reflexión. No se advierte diferencia esencial cuando del diario de Gregory se pasa al cuaderno de Durrell —acontecere supuestamente antagónicos—, como tampoco la hay en las vicisitudes de los personajes que con ellos conviven en aquel eduardiano hotel de Londres. El hecho de que un personaje haga el amor con ramerías y otro con viudas respetables, que uno lo haga con adolescentes y otro con ancianas, integra, en Durrell, un mismo fenómeno que no añade ni resta puntos a la personalidad de los sujetos tratados. Vendrían siendo, en todo caso, matices de una misma obsesionante persecución erótica.

Pero el peso de la historia, las tradiciones, los módulos más obtusos de los convencionalismos burgueses, todos los elementos que oprimieron al joven Durrell y le llevaron a proferir este aullido de liberación, toman sobre él una extraña revancha, de tal manera que *El cuaderno negro* lejos de ser una obra liberadora lo es de condena y, al fin de cuentas, de prisión.

Es expresa la intención de decirlo todo, de sacar a la luz los más intrincados resquicios de la libido y de esta manera clarificarlos, ennoblecerlos al contacto con la realidad; con lo natural y circunstancial. La necesidad de la expresión total se manifiesta en la primera parte de la obra: "La verdad es que estoy escribiendo mi primer libro. Es difícil, porque todo debe ser incluido; especie de itinerario espiritual que ha de establecer de una vez por todas que la novela es una moda que ha pasado su tiempo. Me digo continuamente que esto debe ser algo sin comienzos, algo que nunca termine, sino que se concluya solamente cuando haya alcanzado nuevamente su propia génesis: muy bien, un trozo de movimiento continuo literario."

Sin embargo, esa especie de itinerario espiritual que el autor anuncia, está traicionado al no expresar sino una dimensión de la conciencia, la directamente relacionada con la actividad erótica del hombre.

Y aun (y aquí es donde creo que Durrell más ha errado) este aireamiento del sexo no llega a la conclusión esperada, la de irrumpir frente a la visión puritana con un mensaje nuevo, con un elemento de sanidad semejante al que Lawrence proponía muchos años atrás.

En Durrell el sexo no es realización, sino evasión: "Creo —dice uno de sus personajes— que la razón por la que amé tanto a Grace fue porque con ella podía huir de mí mismo."

La vida del instinto aparece fuertemente teñida de religiosidad, pero con todos los elementos de una religión bárbara e incruenta. En los dos diarios que marcan el contrapunto de la novela se expresa la atracción

hacia el sexo, mezclada con terror, como si se tratara del acercamiento a algo horrible. Las alusiones a una regresión al claustro materno son el *leit-motiv* de todo este fermento. Temor al encuentro, a la aventura, retorno a la añorada cueva de la madre y en el fondo de todo ello la necesidad de un Dios, de una religión, sea cual fuese, que permita escapar de la existencia actuante, que reduzca al hombre a una condición pasiva:

"Estoy harto del culto de la carne y el sexo —se dice hacia el final de la novela—. Harto, completamente cansado y enfermo desde el alma misma. Si hubiera una religión organizada lo suficientemente fuerte como para aferrarme, agradecería su llegada. Hay algo en mí, lo sé, que debe ser extirpado, como un mastoide infectado. Pero no he de luchar por ello. La lucha es demasiado odiosa, la extracción interna de los yos muertos, como gigantescas muelas cariadas, es demasiado dolorosa. De ahora en adelante mis manos permanecerán cruzadas sobre el pecho."

Si Durrell no fuera un autor en plena producción de quien todavía mucho se espera, de no haber escrito ya otras obras, entre ellas la magnífica *Justine*, se le podría juzgar como un místico aberrante, a quien el tiempo poco a poco iría limando las aristas, empequeñeciéndolo hasta llegar a convertirlo en el nombre gris del autor de una novela extraña de la primera mitad del siglo XX.

SERGIO PITOL.

ANGUS WILSON. *Actitudes anglosajonas*. Traducción de Micaela Mata y José M^º Aroca. Editorial Seix-Barral, S. A. Barcelona, 1961.

En la solapa de la novela se nos advierte que Angus Wilson nació en 1913 en Inglaterra, que pasó la mayor parte de su infancia en África del Sur, que más tarde se graduó en la universidad de Oxford, que en 1937 fue nombrado bibliotecario del British Museum y que después de la segunda guerra mundial ocupó un cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Desde 1955 se dedica profesionalmente a la literatura. "No conozco —ha escrito Wilson— fortuna mayor que la posibilidad de emprender una vida nueva e interesante a las puertas de la madurez." No significa esto que a partir de esa fecha Wilson ejercitara por primera vez la pluma, ya que antes había escrito tres novelas, un ensayo sobre Emile Zola y una obra de teatro. Un año después de haberse entregado de lleno a los deleites del oficio literario publicó estas *Actitudes anglosajonas*. La crítica se dividió desde el primer momento, aunque en general se le consideró como una novela interesante y de elevado rango literario.